



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



19 de abril de 1890



Núm. 129



➤ Los niños de Suecia, Noruega y Dinamarca ➤



ESCUELA DOMINICAL NORUEGA



UN RATO DE CHARLA

DIRIGÍAME ayer tranquilamente á mi casa, cuando al pasar por la calle de Clarís se me viene encima, disparado de una puerta, un bulto humano que por poco no me derriba al suelo. Vuélvome para repeler la agresión de aquel rinoceronte, cuando me encuentro de manos á boca con D. Cosme Sanguijuelas, mi Galeno; pero ¡en qué estado! echado atrás el voluminoso sombrero de copa, pálido, convulso, con la mirada extraviada y con todos los *síntomas*, que diría el gran pedante, de la más violenta excitación.

—Pero ¿qué le pasa á V., D. Cosme?— le pregunto con la natural sorpresa.

—¡Rayos y centellas!— responde vociferando aquel acreditado Remington, emprendiendo precipitadamente la carrera y siguiéndole yo detrás, de cada vez más maravillado.—¡Truenos y ciclones!... ¡Asesinos! ¡Infames!...

—¿Estará loco?— pensé. Pero el hombre, corriendo siempre, continuó diciendo:

—¡Mala peste en ellos! Pues, figúrate tú, que en esa casa visitaba yo á una chica *por mor* de un panadizo. Hoy la he dado de alta, y para demostrarme palpablemente que el dedo había quedado tan ágil y fuerte como antes, no se les ha ocurrido nada mejor á los papás que hacer que la muchacha se pusiera al piano. ¡Miserables!

—Pero, hombre, ¿y qué hay de malo en eso?

—¿Que qué hay de malo? ¡Mal rayo les parta!... ¡Asesinos! ¡Asesinos!

—Pero, D. Cosme...

—Ha empezado la del panadizo con el *Caballero de Gracia*. ¡Oh qué tormento! ¡Qué manera de garrapatear las teclas! Allí no había prosodia, ni ortografía, ni nada: era un descoyuntamiento, una anarquía pentagramática, que no digo yo la huelga del 1.º de mayo... un Dos de Mayo si era... Y vuelve á la carga y destroza una fantasía sobre motivos de *Carmen*. Así decía á lo menos la portada; pero ni aquello era *Carmen* ni tenía nombre humano: era un desconcierto bárbaro, annamita, sudanés, caroliniano, tahitiano... Parecía que en vez de tocar las teclas quisiese sacar

chispas de un pedernal. Y después va y despachurra una *Serenata* de no sé quién; y me amenazaba ya con el *Miserere del Trovador* y la *Sinfonía de la Marta*, cuando temerosa la otra chica, su vil cómplice, de que el dedo fraternal no se resintiera con aquellas violentas contracciones, ocupa el fatal taburete y me dispara una nueva edición de *Carmen* y los *Ratas y Dinorah*, acabando (¡Lucifer no hubiera inventado más horribles tormentos!) por la *Sinfonía de la Semirámide*. ¡Ay, amigo Antonio! ¡Qué mal rato me han hecho pasar esas espantosas chicuelas! ¡Chirriaba, rechinaba, tartamudeaba, estertorizaba, crujía, jadeante, balbuciente y metálico el odiado instrumento de percusión! Salían de entre las teclas como plumas de acero, alfileres, crochets, púas, dientes de sierra y aristas de latón que se clavaban en los tímpanos y herían con crueldad los nervios acústicos, los órganos de Corti y el humor de Scarpa (no entendí qué quería decir con eso). Yo creo que el piano estaba lleno de microbios que huían á billones de trillones ahuyentados por aquel diabólico ruido, semejante al que se produce cuando se pasa un palo por una fila de barrotes; y así han transcurrido cuarenta y siete minutos, que me han parecido una eternidad de sufrimiento físico. Es odioso, Antonio, ese abuso, ese crimen, ese delito de retener el médico para desequilibrar sus potencias intelectuales con tal linaje de suplicio. Voy á presentarme concejal para no cejar hasta ver establecida una contribución enorme, aplastadora, aniquiladora, sobre los pianos; un impuesto personal sobre los discípulos; el servicio militar obligatorio perpetuo para los profesores; una multa para los que atormentan á los demás con sus tocatas; la proscripción, el destierro, para los fabricantes...

—D. Cosme, por Dios...

Pasábamos entonces por delante de una farmacia, en la cual entró don Cosme á que le dieran un poco de bromuro, y allí le dejé continuando en sus maldiciones sobre el divino arte de Listz y Rubinstein, proponiéndome, como he hecho, daros cuenta de sus terribles propósitos, á fin de que si alguna vez parece por vuestra casa D. Cosme Sanguijuelas os abstengáis de tributarle los honores del piano, ya que tanto le encolerizan.

Siempre vuestro

ANTOÑITO



LA OBEDIENCIA

No diré yo que Guillermito fuese malo, pero sí puedo aseguraros que, con ser bueno, podía ser mejor. Hay faltas que por su carácter disminuyen y oscurecen cuantas virtudes pueden enaltecer á un niño; y la falta capital, el defecto gravísimo de Guillermito, era la desobediencia: una desobediencia sin límites, atroz, y más acentuada cuánto más sus profesores y sus padres se afanaban para extirpar á tiempo el feo vicio que iba arraigando en él. Reprensiones, buenos consejos, rigores, cariño, castigos é indulgencia sumisa, todo era inútil. Cuantos medios se ensayaban, cuántos recursos se ponían en práctica para acabar con el defecto de Guillermito, resultaban ineficaces y sin consecuencia. El chico, más aferrado se mostraba en sus terquedades, más latentes hacía sus exigencias, cuanto más cuidado ponían sus superiores en corregirle de él, inclinando su ánimo á la obediencia.

Su buena madre, particularmente, le amonestaba con frecuencia, con dulce severidad, procurando demostrarle toda la gravedad de su feo defecto y las consecuencias á que de continuo le exponía.

—La obediencia,—solía decirle,—es la virtud que más hermosea á los niños, porque es la que más los acerca á los ángeles. La terquedad, ¿qué es en cambio? Una locura pacífica que puede degenerar en efectiva; y á los locos, hijo, todo el mundo les compadece, pero todo el mundo huye y se separa de ellos. Dios ama y recompensa todas las virtudes, y no hay virtud que sea tan grata á sus divinos ojos como la que, obediente al mandato de su padre celestial, practicó él en tanto vivió entre los hombres. Obedecer, hijo, no es humillarse; y, aunque lo fuera, ¿qué pierde el que se humilla? Cuanto más descendiende la criatura, más se eleva su espíritu, y sólo arriba se encuentra la felicidad verdadera. Lo que no acaba abajo, ya lo ves, todo es polvo, todo es fango, todo desaparece y se consume. Sé bueno, pues, hijo mío; sé, sobre todo, obediente. Deja que tus profesores y yo te conduzcamos ahora que eres sólo pequeño arroyo: cuando seas río, tú mismo podrás dirigir tu corriente.

El chico atendía atento las observaciones de su madre, formaba decidido propósito de observar ciegamente sus mandatos; pero ello es que apenas pasaban cinco minutos cuando volvía á reincidir olvidado ya de lo prometido y de la resolución que formara.

Su pertinaz desobediencia habíale causado ya más de un disgusto, augurio de los que le podrían sobrevenir á persistir en su defecto; pero Guillermo ni se corregía ni se enmendaba: el escarmiento, como los buenos consejos, no hacían mella alguna en el ánimo de aquel tierno é indomable ser, hasta que un día ocurrió lo que inevitablemente debía ocurrir.

Estando veraneando en un pueblecillo próximo a la capital, antojósele una tarde al muchacho ir á visitar á un amigo suyo que ocupaba una quinta algo distante de la en que vivía él, por cuya razón su madre se negó á darle su

consentimiento, pretextando la distancia que mediaba de una á otra quinta y lo despoblado del camino que era preciso andar.

Guillermo insistió en su pretensión y su madre en su negativa. A las súplicas del primero sucedieron palabras duras que dejaban adivinar la rebel-
día del chico; á las observaciones de la segunda, amenazas que al fin pasaron al hecho. Loco de ira, frenético de exaltación, enrojecidos los ojos por el lloro que le arrancaba más que el sentimiento el despecho, burlando los consejos y la vigilancia de su madre, Guillermo salió de su casa resuelto á cumplir como siempre su voluntad. Su madre no le vió partir, pero al conocer su ausencia, un presentimiento tristísimo conmovió profundamente todo su ser.

Inmediatamente mandó un criado en seguimiento del niño, pero el criado volvió ya entrada la noche, asegurando que Guillermito no se había presentado en la quinta de su amigo, y que á cuantos había preguntado ninguno había sabido darle noticias de él.

Angustiada por tan alarmante noticia, la desgraciada señora puso inmediatamente en conocimiento de la autoridad la desaparición de su hijo. Púsose en movimiento todo el pueblo, se practicaron toda suerte de pesquisas; pero con tan infructuosa suerte, que nadie supo dar con el paradero del ausente. La noche de angustia y de dolor que pasó la atribulada madre, imposible es describirla. Veía á su hijo muerto, despeñándose de alta cima á insondable abismo, arrojado al mar, asesinado, presa del hambriento lobo ó de feroces perros guardianes de solitarias quintas. Le veía pálido, triste, demandándole perdón por su desobediencia, pero ya sin vida y sin tiempo para el arrepentimiento y el perdón.

Clareaba cuando un criado entró en su cuarto, portador de una carta que acababan de entregarle de misteriosa manera.

La pobre señora rompió el sobre, pero una nube de sangre veló sus ojos. Próxima á enloquecer, entregó la carta al criado, diciéndole delirante:

—Lee tú.

El criado obedeció, y con voz entrecortada por la emoción leyó:

«Señora: si os interesa conservar la vida de vuestro hijo, antes de que mañana rompa el alba mandad colocar veinticinco mil pesetas junto á los caños de los Molinos: de lo contrario lloradle entre los muertos.

»Juan.»



Cunas suecas

La carta era breve, pero sobrado expresiva: Guillermo había sido secuestrado. Todas las desventuras había presentado su triste madre: todas menos la verdadera, quizá porque le aterraba su siniestra y abrumadora magnitud.

La suma que se le pedía para el rescate de su hijo era muy superior á la que tenía á su disposición. Sin embargo, á pesar de la perentoriedad del tiempo, no perdonó medio para reunir la, y, mediante la venta de sus joyas y el empeño de una finca, en pocas horas la logró reunir. El alcalde le propuso

El deslizamiento



varios medios para burlar la codicia de los secuestradores; pero á todos se opuso la desolada madre, temerosa de que si no le resultaban podía perder á su hijo. De ahí que, sin pérdida de tiempo y á la hora prefijada se decidiese ir ella misma, acompañada de una persona de toda su confianza, á los caños de los Molinos, distantes 3 leguas de la población.

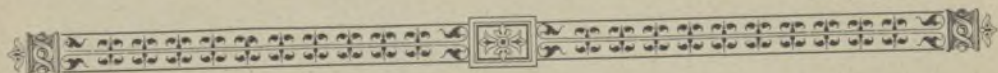
La noche era lóbrega y oscura, pero la madre de Guillermo llevaba el sol en los ojos y no temía ni su sombra ni su oscuridad. Ansiosa y anhelante llegó á los caños. Sin embargo, no vió á su hijo, y sintió llenársele de espanto el corazón. Junto á una piedra descubrió, el que le acompañaba, una carta. La letra era la misma que la de la carta fatal, tan lacónica como ella, pero de más sangrienta expresión.

«Desobedeciendo las órdenes del capitán,—decía,—al pasar hoy una pareja de la guardia civil junto á nuestro albergue, vuestro hijo se ha echado á gritar. La defensa de la propia vida es siempre justa, y para salvar la nuestra hemos acabado con la de él. No le ha matado, pues, nuestro rigor, sino su rebeldía á obedecer al que todos ciegamente obedecemos y cuyas órdenes es deber nuestro hacer respetar.

»Juan.»

Cuando persuadida de su desgracia volvía la triste madre á su quinta, el sol inundaba el espacio con sus más vivos y deslumbrantes fulgores; pero nada veía á través de sus lágrimas la desolada madre de Guillermo. Llevaba para siempre la noche en sus ojos, noche tan densa y tenebrosa que el espesor de sus sombras caían como fúnebre sudario destinado á enlutar para siempre su maltratado corazón.

A. OZORES



BATALLA DE LAS TERMÓPILAS

El puente de las Termópilas, por donde había de pasar el ejército de Xerxes, está en una hilera de montañas, teniendo por un lado el mar á una gran profundidad, y por el otro escarpadas y altísimas rocas, formando una barrera alta é inexpugnable. Llegó Leónidas con sus trescientos espartanos y unos siete mil auxiliares, que de diferentes puntos se le reunieron durante su marcha.

El ejército de Xerxes cubría desde el pie del puente las llanuras de la Traquenia, pareciendo sus tiendas una inmensa bandada de blancas palomas paciendo sobre las yerbas.

Leónidas, resuelto á no dejar pasar aquel ejército tan numeroso, mandó construir una barricada ciclópea colocando de vanguardia aquellos trescientos hombres cuyo acontecimiento hizo inmortales.

Xerxes, sorprendido del atrevimiento de los espartanos, escribió á Leónidas en estos términos:

«Si te quieres someter te daré el imperio de Grecia.»

Leónidas contestó:

«Yo he nacido para servir á mi patria, no para dominarla.»

Xerxes volvió á escribir:

«Entrega las armas.»

A lo que el jefe espartano contestó:

«Ven á buscarlas.»

Xerxes se incomodó de tanta osadía, y dió orden á Medos y Cesians de que fuesen á coger á aquellos atrevidos, y que vivos ó muertos se los llevaran á su presencia.

Al ver que se acercaban, algunos soldados dijeron á Leónidas:

—Ya están aquí los persas.

A lo que Leónidas respondió:

—Ya antes estábamos nosotros.

En vez de esperar á los persas detrás de la barricada, salieron á recibirles.

Al poco rato estaba todo el sitio lleno de cadáveres persas, procurando escapar los que aun quedaban vivos.

Xerxes, para acabar de una vez, envió á Hidarnes con diez mil hombres llamados *inmortales*. Pero los griegos tenían la superioridad de las armas y del valor de quien defiende su patria.

Hidarnes y sus diez mil *inmortales* cayeron casi todos bajo el filo de las espadas y picas de aquellos héroes; y Xerxes, en vez de recibir en sus tiendas á

su victorioso general llevando prisionero á Leónidas, recibió la noticia de su gran derrota.

A la mañana siguiente nuevas y poderosas fuerzas probaron de forzar el



Costumbres de Navidad en Suecia

paso, desde entonces ya célebre, sufriendo terribles descalabros.

Xerxes ya perdía toda esperanza de forzar el paso. En la inquietud en que se encontraba por haber sido derrotado por un ejército tan pequeño, se le presentó un habitante de aquel país llamado Epialtes y enseñóle un camino por donde podía sorprender á los griegos.

Entonces Xerxes puso al mando de aquel vil las mejores tropas que tenía.

Poco antes de la noche penetraron las tropas en un bosque donde impro-

visaron un destacamento, para sorprenderle, sin que los soldados de Leónidas lo notasen.

Al hacerse de día notó Leónidas la invasión de los enemigos, y, en vez de



Escena noruega: la bendición de los abuelos

retirarse, que le era muy fácil, propuso á sus tropas atacar al enemigo en su mismo campamento, levantado al pie de las montañas.

Temeraria era la empresa, pero fué aceptada con aclamaciones de alegría por aquel grupo de hombres cuyos nombres habrán de ser grabados en oro como gloria de aquella antigua raza.

Antes de salir el alba bajaban por aquellas montañas capitaneados por Leónidas, y, tomando como objetivo la tienda de Xerxes, llenando de terror y admiración á aquel grande ejército, penetraban al fin en la tienda del rey cuando hacía poco rato que la había abandonado.

Entonces, y como impulsados por una fuerza poderosa, entraron en aquella reunión de tiendas, matando y destrozando todo cuanto se oponía á su paso, entrando el desorden y confusión en el campamento persa.

Avergonzados y alentados los persas al ver el reducido número de los que habían tenido la extraña valentía de atacarlos, se juntaron en masas compactas y tan numerosas, que era imposible escapar un solo enemigo.

El inmortal Leónidas cayó atravesado por innumerables flechas, y persas y espartanos disputaron largo rato el cuerpo de aquel gran héroe.

En aquella lucha desesperada murieron dos hermanos de Xerxes y un gran número de persas.

Por fin, los espartanos lograron recoger el cadáver de su jefe y retirarse en buen orden de un enemigo mil veces mayor, hasta llegar á la montaña, donde encontraron reunidos el ejército destacado la noche anterior.

En el sitio de Antela, célebre desde aquella jornada, murieron todos los soldados de Leónidas.

JUAN GRAU Y DURÁN

❖ NUESTROS GRABADOS ❖

Los niños de Suecia, Noruega y Dinamarca

TAN próximas se hallan Suecia y Noruega, que los usos y costumbres de sus habitantes han de tener por necesidad mucha semejanza. Esos dos países están separados por el Campó Dovre ó las montañas de Noviska Fiellen, que se llaman la Escandinavia; pero se ha de tener en cuenta que los jóvenes noruegos están más acostumbrados al mar que los suecos, y nadan como peces en sus fiordos ó bahías.

Será curioso para los niños de otros países saber como se les llama en Suecia: al muchacho se le da el nombre de *pojke*; si es pequeño, *gosse*; si es una niña, *flicka*; y si es una doncella, *mo*. Sus nombres de pila son numerosos, pues se les da uno por cada día del año, y muchos de ellos son muy resonantes. A los campesinos les gustan los grandes nombres para sus hijos, tales como Adolfo, Adricín, Gotfredo y Gustavo; y si se trata de hembras, Josefina, Thora, Ingebarg, etc. Si no hay ningún nombre preparado, búscase uno en el almanaque para el día particular del nacimiento del niño. Se le bautiza al domingo siguiente, encargándose de llevarle á la iglesia su madrina, quien se cuida de prepararle la ropita. La criatura lleva un collar de abalorios, y se cubre su cabeza con un gorrito sin reborde. El sacerdote sostiene al niño sobre la pila, y echa agua en la parte posterior de la cabeza tres veces, enjugándola después con una tohalla. Como se ponen al niño fajas de seis pulga-

das de anchura, no pueden mover las piernas, ni á veces tampoco los brazos, y de consiguiente ha de permanecer inmóvil durante la ceremonia.

Los campesinos tienen sus razones para proceder así: la primera es porque creen que los miembros crecen así derechos; y la segunda porque el niño queda convertido así en un lío compacto, fácil de llevar. Dícese que cuando están fajadas así las criaturas, se parecen á la cola de un lagarto, por no decir á todo su cuerpo. En el norte se cuelgan á menudo de una larga pértiga fija en la pared para que no molesten, y siendo por naturaleza pacíficos, diríase que esto no les importa nada. Sus cunas, que son muy primitivas, se suspenden también á menudo por un muelle espiral que pende del techo, lo cual debe ser más cómodo que la pértiga. Así en el Lapland noruego como en el sueco, la gente lleva estos aparatos á la iglesia; pero en vez de introducirlos dentro, practican un agujero en la nieve pura, y los colocan allí, dejando una pequeña abertura para que se pueda respirar. A los niños se les tiene muy abrigados, mientras que



Niños noruegos

las personas que por ellos se interesan, se hallan en el templo yertas de frío, porque hasta su aliento se hiela.

Las clases más acomodadas no proceden con sus hijos de este modo; tienen un aparato dispuesto de tal modo, que sirve de vehículo durante el día y de cuna por la noche, ó de camita, con blandas almohadas, sábanas muy limpias y colcha; y durante el verano todo esto se cubre de una gasa sonrosada para que las moscas no molesten.

Apenas puede andar el niño campesino, se le ponen pantalones, abotona-

dos por fuera de la chaqueta, y son tan ahuecados por detrás, que á menudo da risa verlos. Esto se debe con frecuencia á la circunstancia de que el pantalón perteneció primero al padre, y sin hacer más que cortar la parte que cubre las piernas, se le puso al niño, sin reducir las dimensiones. Añádase á esto que los pies se cubren á menudo con botas altas ó zapatos de madera, y se imaginará cuán extraño ha de ser el conjunto. En cuanto á las medias, ó tienen talones de cuero ó carecen de ellos; de modo que la madre no ha de tomarse la molestia de remendarlos. Tampoco le da mucho que hacer la cabeza del niño, porque no hace más que atarle el cabello. Las niñas usan también zapatos de madera, pero se cubren la cabeza con un pañuelo ó un gorro, y el vestido les llega hasta los talones.

Las niñas son muy celebradas por la belleza de su cabello, con el cual forman largas trenzas que penden sobre la espalda. Algunas veces se lo cortan para venderlo, dejándolo crecer otra vez.

Los jóvenes caballeros y señoras suelen vestir muy semejantemente á los ingleses, y siempre se distinguen por su limpieza.

En el campo los niños tienen pocos juguetes. Si á una niña de siete años se le regala una muñeca, se extasía ante ella, y fácil es imaginar cuál será su regocijo si obtiene una casita para colocarla. Mientras que los niños pobres se han de divertir solamente á la puerta de su casa durante el verano con las cosas más insignificantes, ocupándose á veces en exprimir las grosellas y arándanos á través de una muselina para hacer vino, como ellos dicen; los que son más favorecidos de la suerte tienen buenos juguetes. Las niñas que poseen una casita para su muñeca, complácense en conservar en ella todo el orden posible, y cuando reciben algún visitante entretienen en preparar café, cocer patatas ó hacer algún queso. Así se enseñan á desempeñar los quehaceres de la casa, y más adelante sus juegos les reportarán utilidad.

Los inviernos son muy largos y rigurosos en Suecia, donde á menudo la nieve cubre el suelo desde el mes de noviembre hasta el de abril; de modo que los niños deben pasar mucho tiempo dentro de la casa, excepto cuando corren patines en unos aparatos de madera llamados *kalke* (véase el diagrama); los llevan hasta la cumbre de una colina, siéntanse en ellos, y los dejan deslizar sobre el hielo hasta que llegan al terreno llano. Estos *kalke* sirven también para conducir varios objetos, sobre todo los libros y la comida cuando los niños van á la escuela. Ya se comprenderá que cuando los muchachos van en esa especie de trineos se abrigan mucho con sus chaquetones y gruesos guantes para preservarse del frío, pues de lo contrario se helarían.

Cuando tienen suficiente edad, todos los niños del campo deben ir á la escuela durante una parte del año; solamente se les dispensa cuando se hace la recolección de las patatas, porque entonces pueden ayudar á sus padres.

Uno de los días de la semana destínase para enseñar á las niñas á coser, hacer calceta é hilar. A los chicos á construir cestas, tubos, cucharas de madera, etc., para lo cual tienen tiempo suficiente durante las largas noches de

invierno, y que les será útil más tarde. Durante el verano los chicos cultivan también pequeños jardines, donde se les enseña á sembrar, dándoles también algunas lecciones sobre horticultura. Todos ellos son muy industriosos y manifiestan deseos de aprender.

Las escuelas de domingo no parecen depender en Suecia de las de la Iglesia, por regla general; pero en algunas partes las señoras reúnen á los niños en sus casas ó en otra parte en los días festivos para enseñarles las Escrituras y á cantar himnos. Tal es su celo, que algunos franquean una distancia de cinco ó seis millas para tomar una lección de una hora, y su conducta siempre es ejemplar. No parecen muy aficionados á la música, tal vez porque el canto de su iglesia es su llave menor y no muy agradable; mas diríase que aprecian el valor de



Doncellita noruega

los himnos de otros países, que allí se han introducido en las iglesias.

Los muchachos confirman á los quince años, y antes de que la ceremonia se efectúe se preparan largo tiempo yendo una ó dos veces á la semana á casa del cura de la parroquia. Para ese acto las niñas llevan vestidos negros con delantales blancos y pañuelos del mismo color en la cabeza.

Cuando una joven puede usar vestidos largos, y pertenece á las clases más elevadas, es costumbre regalarle un anillo de oro para presentarla en la sociedad.

Por nuestro grabado se comprenderá que el pastor noruego catequiza los niños en la iglesia. Agrúpase á su alrededor, ó se pone entre ellos, y no deja de vigilarlos para ver si la atención de alguno se distrae; pero esto no

suele suceder nunca, porque todos tienen ansia para aprender. Además de esto, los padres suelen asistir á tales reuniones, y esto es un doble motivo para que se conduzcan bien.

Después de la confirmación, los muchachos son elegibles para el servicio. Los suecos jóvenes comienzan la vida después de obtener un certificado del cura de su parroquia, documento que llaman *prest betyg*, y otro del maestro de escuela, ó de la maestra, al que se da el nombre de *betyg*. Los jóvenes son conocidos por esta especie de padrón, y de consiguiente tienen cuidado de que no se haya de inscribir en él ninguna nota que les perjudique.

Como en toda la Suecia no hay más habitantes que en Londres, se puede cuidar mejor de los pobres. Los huérfanos son enviados á diversas familias para que los eduquen, y siempre se les trata con bondad. Cierta día una señora que iba sola por un camino vió una pobre mujer que se arrastraba para abrirle la puerta de la casa donde aquélla se dirigía. La dama practicó averiguaciones, hizo algunas visitas á la mujer y suministróla auxilios, hasta que al fin murió. Sus dos hijos fueron colocados por el párroco en una granja, y de la hermanita se encargó una señora.

Los niños de las clases media y superior reciben una buena educación, y hacen sus estudios poco más ó menos como entre nosotros, aprendiendo el inglés, el francés y otros idiomas hasta que lo hablan bien. Generalmente se distinguen por su cortesía y buenos modales. En Suecia hay una buena costumbre, que todos observan, y es que cada huésped da gracias á sus patronos, y hasta los niños hacen lo mismo con sus padres, besándoles la mano.

(Se concluirá)



LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

—Juan,—dijo la madre;—¿tienes hambre?

—Sí, ciertamente: tengo mucho apetito.

—No lo extraño: ¡has trabajado tanto!...

—Sí, sí: mucho he trabajado, y aun quisiera que no estuviese todo tan á oscuras para que pudiese salir y ver el parterre grande. Ya me diríais si he empleado bien ó mal el día. Y luego, madre, tengo que daros una buena noticia: el colono Truck nos dará una fresa de una especie nueva, la fresa gigante. Iré á buscarla mañana por la mañana, y estaré de vuelta antes de almorzar.

—¡Dios te oiga, hijo! ¡Cuatro millas de ida y cuatro millas de vuelta, para estar aquí antes de almorzar!

—Montaré en *Pie ligero* y haré fácilmente mi camino. ¿Qué os parece?

—Muy bien, hijo.

—Pero ¿suspírais?

—Acaba de cenar.

—He acabado,—exclamó Juan tragando vivamente el último bocado.—Y ahora dadme la aguja gruesa: es menester que remiende la brida de *Pie ligero* antes de irme á la cama.

Para trabajar se acercó á la luz y al fuego. La viuda atizó las brasas y repuso:

—Mi querido Juan: ¿está *Pie ligero* lisiado como siempre?

—¿Cómo? ¿*Pie ligero*? ¡Oh, no, no! Nunca se ha encontrado mejor: diríase que se remoza, que engorda.

—¡Dios le conserve! Es justo. Ya veremos, Juan: cuidalo bien.

—¿Por qué, madre?

—Para llevarlo á la feria, del lunes en quince días, donde deberá ser vendido.

—¡*Pie ligero*!—exclamó Juan dejando caer la brida de sus manos.—¿Cómo, madre? ¿Queréis vender *Pie ligero*?

—No lo quisiera; pero *es preciso*, Juan.

—¿*Es preciso*, decís, *es preciso*? ¿Por qué es preciso, madre?

—*Es preciso*, te digo, hijo mío. ¿No debo pagar honradamente mis deudas? ¿No debo satisfacer el precio de la alquería? He obtenido ya una moratoria y he prometido pagar del lunes en quince días. Esas dos guineas que debo no las tengo, y sabe Dios cuándo las tendré. No hay, pues, que titubear, hijo,—añadió la viuda dejando caer su cabeza sobre el brazo;—hay que vender *Pie Ligero*.

Juan guardó silencio durante algunos minutos.

—Dos guineas,—decía,—dos guineas es mucho. Aunque yo trabajase sin darme punto de reposo, no podría antes de ese día ganar dos guineas. ¿Verdad, madre?

—Si no viniese Dios en tu ayuda, no; no podrías, aun cuando trabajaras día y noche.

—Pero puedo ganar algo, sin embargo. Así pienso á lo menos,—exclamó Juan vivamente.—Pienso ganar algo: haré lo que pueda.

—En eso te reconozco bien, hijo mío,—dijo la madre estrechándole contra su corazón.—Eres un muchacho tan bueno como inteligente; pero debo confesártelo: *Pie Ligero* debe ser vendido.

Juan se retiró sin decir palabra, bañados los ojos en lágrimas. Sabía, sin embargo, que con llorar no se adelanta nada, y, secando su llanto, púsose á buscar los medios de conservar su caballo.

—Si gano poco á la vez, pero todos los días algo,—se dijo,—¡quién sabe si el propietario querrá acaso esperar más y podremos llegar así á pagarlo todo al tiempo! Pero ¿cómo hacerlo para ganar el primer sueldo? Ahí está la cuestión.

Acordóse entonces de que un día que había ido á Clifton á vender flores

había visto á una vieja que tenía delante de sí una mesa en la que había colocada una cantidad considerable de piedras brillantes. Los transeúntes se detenían á mirarlas. Muchos compraban: éste por un sueldo, el otro por dos, el otro por seis. Había oído decir igualmente que aquellas piedras se encontraban en un roca vecina, y pensó que bien podía también ir á buscarlas y venderlas.

Desde por la mañana despertóse todo lleno de esos proyectos. Se despereza, se viste, y, mirando por última vez á *Pie Liger* en su establo, parte para



Una escena en Noruega

Clifton en busca de la vieja. Era demasiado temprano: todavía no estaba en su sitio. Volvióse disgustado, pero no perdió el tiempo: ensilló y puso la brida á *Pie Liger*, y se fué á la quinta de Truck á buscar las fresas gigantes. Empleó gran parte de la mañana en plantarlas, y así que hubo acabado se volvió á Clifton, en donde, con grande alegría suya, se encontraba la vieja sentada detrás de su mesa. La anciana era sorda y tenía mal genio. Así, cuando Juan le dirigió algunas preguntas, contentóse con responder:

—Es inútil que os toméis la molestia de ir á buscar piedras. No las encontraréis. Ya no hay.

—¿No puedo, sin embargo, buscar en el mismo lugar que vos?

—Buscad: nadie os lo impedirá,—replicó la vieja. Y esta fué la única respuesta que pudo obtener.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA